

CAPITULO XXVII.

Vuelta á Stónington. — Tormenta. — Emigrados. — Enfermedad. — Alejandria.



Las dos semanas que residimos en Filadelfia pasaron pronto, y sin duda mucho nos quedaba todavía que ver en aquella ciudad, cuando la dejamos para volver á Marilanda, segun estaba convenido de antemano. El camino por donde regresamos, fué distinto del que habíamos llevado á la ida, pues seguimos la ruta de New-Castle ó Castro-Nuevo á la Puebla de los Franceses (French-Town) en vez de pasar el canal. A la mitad de la noche llegamos á Baltimore, y lo restante de ella dormimos á bordo del vapor, que al otro dia á las cinco de la mañana salió para Washington.

El poco tiempo que permanecemos en el encierro y ahogo de una ciudad, nos predispuso á gozar mas que nunca de las bellezas que las amenas cercanías de Stónington presentan. El otoño que se precipitaba sobre nosotros, en-

galanaba otra vez las selvas con matices demasiado variados y ricos, para que se los imagine quien no haya salido de Europa, y las altas maizas que se movian, sacudiendo la flotante cabellera de sus mazorcas, daban á los campos el aspeto de bosques enanos ó de florestas nacientes. La primavera habia sido lluviosa, y el verano que la habia seguido extraordinariamente caloroso : el otoño se presentaba anunciado por tormentas frecuentes de una violencia aterradora, las cuales aclaraban la atmósfera, mas al mismo tiempo nos asustaban hasta hacernos perder el tino. Un dia me hallé con mi familia expuesta á todos los furoros de uno de aquellos tremendos azotes; però, aunque durante la tempestad nos hizo sufrir mucho el terror, cuando nos vimos todos en salvo y á cubierto, nos felicitamos de haber sufrido; porque asi habíamos aprovechado la oportunidad mejor que podíamos desear, para observar en toda su gloria una tormenta de las regiones transatlánticas. Fué sin embargo una grandísima imprudencia dejar nuestra casa, y encaramarnos en la cima de un monte que estaba bastante lejos de ella, con la intencion expresa de contemplar mejor ó mas á nuestro gusto el aspecto singular de las nubes. Cuando llegamos á la altura que habíamos elegido para nuestro observatorio, la mitad del cielo

estaba cubierta de un velo densísimo, y la otra mitad se habia teñido del azul negro de la noche. La prudencia nos aconsejaba que inmediatamente nos retirásemos á nuestra casa, mas la escena era tan hermosa que nos fué imposible abandonarla. La calma que reinaba en la naturaleza infundia sentimientos sublimes, solo interrumpian su silencio los gritos de los circos que ganaban la tierra con vuelo perezoso; el aire no se movia, las nubes se apiñaban y formaban grupos gigantescos que no rompía el mas ligero lampo, aunque detras de sus oscuras masas se veían los reflejos centelleantes de una luz incierta y vagabunda. La bonanza duró algunos minutos, y luego empezó á oirse el ruido de los truenos que por grados se fué acercando mas y mas y con mayor estruendo, hasta que las negras nubes se rasgaron y reventaron cataratas de lumbre por todas partes. Y ya no hubo intervalo ni pausa, ya no hubo relámpagos, ni truenos, sino que los cielos ardian y bramaban encima y alrededor de nosotros; mas nuestro asombro llegó á punto que, convertido el espanto en estupor, nos quedamos en un estado completo de imbecilidad. Sin embargo pronto nos volvió la resolucion, porque de repente, y como si hubiera salido de debajo de nuestros pies, se levantó un huracan que parecia que iba ya

á confundir los elementos. Los torrentes de la lluvia azotaban la tierra, subian como para recibirlos espesos remolinos, los relámpagos brillaban mas, reflejados por las aguas, mientras el huracan dominaba con sus bramidos el estrépito del trueno. Por último, despues de haber descargado su rabia furibunda ora aquí, ora allí, y de haber revuelto mundos enteros de nubes, poniéndolos en contacto hostil, quedó el viento dueño del campo y abuyentó del ancho cielo las agitadas masas, de que apenas quedaron algunas reliquias como despojo de su victoria. Apareció entonces un arco-iris espléndido y volvió á desaparecer, dejando que la tierra alzara sus casi derribadas selvas, y que nosotros pobres pigmeos recobráramos nuestro perdido tino y nuestro aliento como pudiésemos.

Durante la violencia del huracan, nos hubiera sido imposible mantenernos en pie; asi nos agazapamos al abrigo de un monton de peñas, y segun lo que reparábamos unos en otros, teniamos los semblantes de unos muertos.

Muchos árboles fueron víctimas del temporal á nuestra vista; varios de ellos no solamente fueron arrancados de raiz sino que, á pesar de lo gigantesco de sus troncos, los levantaba el viento como aristas á algunos pies de la tierra

Si los huracanes del Oeste de América exceden el que presenciarnos en Stónington, mui terribles deben ser á la verdad.

El sitio de la casa de Mistress S*** se considera como notablemente saludable, y en mi entender merece su reputacion, porque mas de una vez hemos visto llegar á personas, que padecian ó calenturas ó tercianas á la distancia de una ó dos millas de allí, y que se restablecian con solo pasar una semana ó quince dias en Stónington; las cercanías no obstante, con especialidad la parte que está sobre la orilla del Potomac, tienen fama de lo contrario, y en efecto es espantoso el número de los labradores que mueren á lo largo del canal.

En otra parte he manifestado mis dudas acerca de las mejoras que obtiene la condicion de los pobres trabajadores de nuestro pais, que emigran para buscar una suerte menos ingrata en los Estados-Unidos. Yo no conocí perfectamente cuan poco se debe envidiar la fortuna de esos desdichados, hasta que la vecindad del canal de Chisapica y Ohío me proporcionó la ocasion de comprender su verdadero estado, despues que se realiza el cambio de sus circunstancias.

La mayor parte de los trabajadores blancos del canal es de Irlandeses. Su salario va de diez á quince pesos al mes, con un albergue mise-

table y una larga racion de huisqui. Este execrable veneno les acarrea todas sus desgracias: por medio de él los tientan á exponerse á los rayos de un sol que abrasa, y con él resisten los incautos al principio las fatigas del campo en el mas nocivo de todos los climas; y asi ha corrido hasta ahora la línea del canal junto al romanesco é insalubre Potomac. La situacion del infeliz extranjero, cuando llega á caer enfermo, lo que sucede antes ó despues, pero que no falta jamas, es la situacion mas horrible en que se puede ver un desgraciado. En todos los Estados-Unidos reina una prevencion defavorable ó mas bien una fuerte aversion á los Irlandeses; mas como trabajan al doble que los negros, los emplean con preferencia. Cuando caen malos, bien pueden y deben mirar con envidia á los esclavos, porque á lo menos un esclavo enfermo es asistido, un esclavo enfermo es cuidado y medicinado, como se cuida y medicina un caballo de precio; mas al pobre Irlandes lo echan literalmente á un lado y otro recien venido entra en su lugar. Muchas veces llegaban á nuestros oidos los pormenores de sus padecimientos, y el abandono y desamparo en que morian, pormenores demasiado tristes para detenerse en ellos. En una ocasion un hacendado que pasó por nuestra casa, dijo á la familia: que habia un infeliz junto á un ar-

royo distante un cuarto de milla, y que aparentemente estaba muriéndose. Al punto corrieron al sitio indicado varias personas de la familia, y en efecto encontraron á un pobre moribundo que ya no podia hablar; lo condujeron á casa, y aquella misma noche espiró. Por los informes que se tomaron en el canal, supimos : que era un trabajador irlandes, que habiendo caido enfermo y gastado hasta el último ciento, habia emprendido el camino de Washington, no sé con qué esperanza; pero sofocado, débil y sin aliento, se habia tirado al suelo en donde lo hallaron, sin poder efectuar su desesperada resolucion de ir á la ciudad. Su aspecto no representaba mas de veinte años, y al contemplar su rostro, en que la juventud y la palidez de la muerte se juntaban con la expresion del dolor, pensaba yo en su pobre madre, y en su casa, que tal vez habia abandonado para buscar riquezas en América. Yo lo ví enterrar bajo la sombra de un grupo de acacias, sin que los mismos que lo arrojaron en la sepultura, hubiesen oido su nombre; el séquito de toda la familia que acompañó sus restos hasta la huesa, daba á sus humildes exequias una decencia, que por raro acaso honra en aquel pais las tristes reliquias del polvo ingles; mas no lo siguió un ministro de su culto, no se oyeron las preces de los muertos, no sonó una

campana : tales ceremonias no les pasan por el pensamiento á los habitantes de aquellas regiones, y en verdad que no serian posibles sin muchísimos gastos, á una distancia tan considerable de la ciudad. Aunque el pobre jóven hubiera sido americano, lo hubieran enterrado de la misma manera. Pero, si el infeliz se hubiera encontrado en su Irlanda con la misma indigencia y en iguales circunstancias, no le habia faltado entre los suyos una manta para envolverse en los accesos del frio, ni una mano amiga que hubiese cerrado sus ojos con una lágrima.

Los pobres de Inglaterra que, acosados por la miseria ó inducidos por el espíritu de aventura, desean probar la suerte en otras tierras, deberian por muchas razones dirigirse al Canadá, donde hallarian en vez de malicia, odio y falta de toda caridad, cooperacion y simpatía.

Frecuentemente oia yo quejas vehementes y siempre las veia en los periódicos contra la costumbre, segun ellos generalmente adoptada en Inglaterra, de enviar á los Estados-Unidos cargamentos de los pobres de las parroquias. Un papel de Baltimore encabeza un artículo sobre la misma materia con las palabras :

« ¡ INFAME CONDUCTA ! »

y luego contaba como habia llegado de Inglaterra un barco cargado de pobres ancianos, añadiendo : « John Bull (*) ha escurrido la naranja y ahora nos tira insolentemente la cáscara á los hocicos. » Siendo estos los sentimientos de los habitantes del pais, no es difícil comprender cuan poca compasión y cuan poca humanidad espera á los desgraciados en las enfermedades ú otros padecimientos. Si es cierto lo que aseguran los papeles americanos, y las parroquias de Inglaterra creen que por causa de un aumento excesivo de poblacion deben pagar el viage de algunos de sus pobres, para que crucen el Atlántico ¿porqué no los envian al Canadá?

Verdad es que por mas que me informé para averiguar el fundamento de tales aserciones, nunca lo pude descubrir, y solo saqué en claro, que en efecto llegaban anualmente muchos pobres Ingleses é Irlandeses á los Estados-Unidos, sin otros medios de subsistencia que los que su trabajo les procurara. Esto, aunque muy diverso de los cuentos abultados que los papeles multiplican todos los dias, merece atencion y un exámen tan prolijo como importante es la materia. Parece generalmente sentado que

(*) Juan-Buci, nombre que se da á sí mismo el pueblo ingles, y de que se vanaglorian los del partido democrata.

la miseria y privaciones de las clases trabajadoras de Inglaterra provienen del exceso de la poblacion, y al mismo tiempo es imposible mirar sin dolor y sorpresa que no se haya hecho caso todavía del oportuno y grato desahogo que por su extension, fertilidad y clima delicioso, presenta una region como el Canadá, region que ademas ofrece á un Ingles la ventaja inapreciable de ser territorio británico. Seria de desear que una parte de ese noble sentimiento que en Inglaterra está siempre en actividad para socorrer al necesitado, se consagrara íntimamente á dirigir la emigracion hacia el uno y otro Canadá. Todos los años se recaudan sumas cuantiosas para obras de caridad por medio de las subscripciones semanales de un penique (*); bastaria pues que se destinase una porcion de esos fondos á tan loable objeto, para enviar anualmente centenares de familias que poblasen nuestra propia tierra. Ahí desplegaria el sentimiento religioso, que tan naturalmente se mezcla con toda accion caritativa, sus fuerzas é influencia. ¿En dónde puede encontrar un ministro del Evangelio, protestante ó católico, mision mas santa que la que lo llevará al desierto á consolar é instruir á

(*) Moneda de cobre inglesa del valor de tres cuartos y medio.

sus pobres compatriotas? ó ¿dónde lo espera recompensa mayor que donde puede gozar de la satisfacción de ver, como van convirtiéndose bajo la mano de sus feligreses aquellas soledades en campos fértiles?

.....

No he visto jamas tantas flores de otoño como crecen en los bosques y praderas de Marilanda: parecia que una nueva primavera hubiese cubierto la tierra, aunque confieso con pesadumbre y rubor que apenas conocia el nombre de una sola planta, en medio de las que con tal profusion hermozeaban el desierto; creo que todos mis conocimientos se reducian al peral espinoso y la margarita otoñal, de que hai una variedad prodigiosa en forma y en color. Aconsejo á los viajeros que no visiten la América sin haber estudiado la botánica: el recreo que esta ciencia procura, como me dijo en una ocasion un amigo mio mui hábil, ayuda maravillosamente á subir y bajar los montes, y debe ser de suma importancia en América, ya por la falta inmensa de otras diversiones, ya por los infinitos medios de entretenimiento que esta ofrece: ademas aunque una persona rabie por saber el nombre de una de aquellas lindas extranjeras, puede apos-

tarse mil contra uno á que no encuentra quien se lo diga.

El eclipse de luna de septiembre de este año (1830) es el mas bello que yo haya visto jamas. Habiamos pasado unas cuantas horas contemplando el cuadro sublime de los Saltos del Potómac, y cuando nos disponiamos para retirarnos, apareció la luna llena sobre las cimas negras de los pinos, con la mitad de su disco cubierto de sombra. El efecto producido por la salida de la luna así eclipsada era mas extraño, mas sorprendente que su obscurecimiento gradual; y al volver los ojos al caos de tinieblas que tenia á mi espalda, y ver la mortal frángula, y la vid ponzoñosa meciéndose en las rocas del contorno, me se figuró que no faltaba mas para completar la escena que una hechicera trémula, paralítica, cogiendo con su descarnada mano las ramas fatales para confeccionar algun detestable maleficio.

Yo no sé si acechaba mis pasos alguna encantadora ó maga de esa banda cruel, mas antes que hubiesen transcurrido muchas horas volví á sentir la influencia nociva de un otoño americano. La fiebre «cojida en el eclipse» me abatió completamente y pronto, y si bien no duró tanto como la del año anterior, tal era mi endeblez que llegué á persuadirme que nunca me restableceria. El tiempo frustró mi vaticinio,

pero se declaró que necesitaba mudar de aires, y determinaron (porque yo estaba incapaz de hacerlo pormí) que fuese á una poblacion mui bonita llamada Alejandría, distante unas quince millas, donde se decia que habia un médico mui hábil.

No dejó de costarnos sentimiento el separarnos de la familia de Stónington; afortunadamente el consejo tuvo un resultado eficacísimo, y á pocas semanas de vivir en Alejandría, recobré bastantes fuerzas para salir á una pequeña pradera cubierta de yerba y mui alegre, pero cerca de la poblacion, desde donde podiamos ver los barcos y movimiento que animan el Potomac entre Washington y Alejandría. Mas no obstante que por grados iba recobrando mis perdidas fuerzas, todavía estaba mui lejos de poderme dar de alta; asi todos nuestros planes para pasar un invierno divertido fueron abandonados; y hallándonos perfectamente bien donde estabamos, nos decidimos á pasar allí la estación del frio. El invierno fué severo: el Potomac se heló de tal manera, que una parte considerable del tráfico se hacia en carros, cruzando el rio sobre el hielo desde la orilla de Marilanda. Eso no habia ocurrido en treinta años. La distancia es de una milla y cuarto, y nosotras tambien nos atrevimos á atravesar por cima de áquel brillante y resba-

ladizo espejo, con la intencion de visitar la orilla opuesta. No fué ligero triunfo ni obtenido sin fatiga el mantenernos en pie, con todo dimos por bien empleado nuestro cansancio, por vernos en medio del mas soberbio cuadro de invierno que se puede contemplar en aquella region.

Cuando al cabo se deshizo el hielo, la nieve derretida produjo tan violentas avenidas que arrebataron el puente largo de Washington: grandes pedazos de él, fragmentos con su baramanda entera, bajaban flotando en medio de altas rocas de hielo, durante muchos dias consecutivos, y era curioso ver la intrepidez con que los marineros jóvenes de Alejandría exdas por cojer la madera.

El eclipse solar del 12 de febrero de 1831 se acercó mas á latotalidad que ninguno de los que yo habia visto ni espero ver. En Alejandría fué completamente anular, y la brillante diadema que rodeaba la sombra de la luna, aunque solo de 81° de ancho, daba luz suficiente para leer la letra de imprenta mas pequeña. La obscuridad se disminuia considerablemente á causa de la nieve, que, como el cielo estaba enteramente libre de nubes, reflejaba espléndidamente toda la luz que nos quedaba.

No obstante el frio estremado que se sentia,

pasamos todo el tiempo al raso en una eminen-
cia inmediata al rio, desde donde se perci-
bian muchos y mui bellos efectos de perspec-
tiva : la rapidez del paso y cambio de las
sombras; la tinta sombría del ancho Potomac,
que parecia que absorviese la débil luz, que
las orillas cubiertas de nieve volvian al aire; el
progreso de matices graduales con que se colo-
raban todos los objetos desde el brillante reflejo
del sol, hasta un viso triste y universal de púr-
pura desmayada; los ecos melancólicos del ga-
nado, y la corta pero notable suspension de todo
trabajo, daban á la escena un aspecto miste-
rioso que no es posible olvidar.

En los meses siguientes me ocupé parte en
revisar mis notas y trazar estas páginas, y
parte en estudiar la literatura del pais, cuanto
me fué posible.

Mientras iba repasando y transcribiendo mis
notas, me sometí yo misma al mas riguroso
exámen. Revisé cuanto habia visto, cuánto ha-
bia sentido, pesando con el mayor escrúpulo
toda expresion de que me habia servido para
reprobar : resultó pues de ahí que deseché en
la transcripcion mucho de lo que habia apun-
tado, por contener pormenores innecesarios
de cosas que me habian chocado y merecido
mi disgusto; pero aun al tiempo de obrar con
toda esa severidad, me convencí plenamente

de que no habia pintado con exageracion.
Sin embargo semejantes pormenores, aunque
sean ciertos, podian mirarse como de mala in-
tencion, y no conservé sino los que eran indis-
pensables para dar idea de las impresiones ge-
nerales que habia experimentado. Tambien
descubrí en aquella revision de mis notas, que
muchos de los puntos que todos los viajeros
tocan, y cuyas explicaciones ó comentarios es-
pera el público curioso, habian sido omitidos;
pero unas pocas páginas de observaciones *mis-
celáneas* suplirán, en mi sentir, todo lo que se
puede aguardar de una pluma tan perezosa
como la mia.

